

Querido fray Michael, nuestro Ministro, queridos hermanos y hermanas aquí presentes.

Celebramos hoy la fiesta de los Arcángeles **Miguel, Gabriel y Rafael, a quienes la Palabra de Dios** nos presenta como adoradores y servidores de Dios, criaturas celestes que luchan por la causa del Reino de Dios en este mundo, y son mensajeros del Altísimo.

El Arcángel **Rafael**, cuyo nombre significa “**medicina de Dios**” es el anunciador del amor de Dios para con todos sus hijos. Él quiere curarnos de todos los males y liberarnos del pecado y de la **muerte**. Para esto nos ha dado su Hijo para que en Él todos podamos ser salvados. Él es nuestra “**medicina**”, aquel que nos cura y nos libera del mal. Hoy tenemos a nuestra disposición muchas clases de fármacos y terapias que dan alivio y curación, y esto también es un grandísimo don de Dios. Pero el amor, la paz del corazón y la salvación no se encuentran en ninguna farmacia...

Además los **Arcángeles** nos hablan de contemplación, y adoración del Altísimo y al mismo tiempo de la energía dinámica que se deriva de esto. Siempre la contemplación de Dios nos mueve a actuar por él y por nuestros hermanos, por la venida de su Reino y para que el evangelio se difunda en toda la tierra.

Los **Ángeles** además establecen la ininterrumpida comunicación con el cielo: es Jesús mismo quien nos lo dice en las palabras del evangelio proclamado hoy (*Jn 1, 47-51*).

Dirigiéndose a Natanael, el buscador de Dios, “en quien no hay doblez”, el Señor le dice: “Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre”.

En el mundo **el hombre no está solo**: la tierra y el cielo están en continuo contacto. Y es en esta comunicación abierta don de los Arcángeles transmiten la luz y la fuerza de Dios, su eterno mensaje, y del cual **Gabriel es el testigo privilegiado, él, que lleva el anuncio a María**. Este nos enseña cuán precioso y fecundo es la escucha y la acogida del alegre anuncio.

Finalmente, los Ángeles adoradores de Dios, y son también los que combaten por Su causa en este mundo: como extraordinaria representación de esto está la escena grandiosa del Apocalipsis, en cuyo centro está la figura del **Arcángel Miguel, príncipe de las milicias celestiales**, que lucha contra el Dragón. Símbolo de la potencia del mal que devasta la tierra (12,7-12). Es descrita la consumación de una lucha trágica e infausta, de resultados dramáticos tanto para el cielo como para la tierra. Miguel y sus ángeles combatían contra el dragón. El dragón combatía junto con sus ángeles”.

Pero la victoria es de Dios porque Él es el vencedor. “**Quién como Dios?**” Es el significado del nombre del Arcángel, y lleva en sí mismo la respuesta a esta poderosa pregunta, a saber: Nadie como Dios. Sólo Dios es Dios. Y el que quería sustituirlo que desde siempre ha querido envolver a la humanidad en tal rebelión desde los orígenes, el que se opone a la Mujer vestida de sol para devorar a su Niño, aquel que es pisoteado mientras le ataca el calcañar, el diablo, satanás, es inexorablemente derrotado. También contra él Dios pronuncia su “para siempre”. En efecto, “el dragón y sus ángeles no prevalecieron”, dice también el texto del Apocalipsis, y sucede aquel desgarramiento irreversible que genera el infierno: “no hubo ya sitio para ellos en el cielo”. “El grande dragón, la serpiente antigua, aquel que llamamos el diablo y satanás y que seducía a toda la tierra, fue precipitado en la tierra y con él fueron precipitados también sus ángeles”.

A esta ruina corresponde el triunfo glorioso del Reino de Dios con toda su fuerza generadora de salvación, el poder de Cristo. Y aunque el Acusador acuse día y noche a los elegidos de Dios. Ellos lo vencieron por la sangre del Cordero y el testimonio de su martirio. Esta victoria es de todos los que acogen a Cristo, tal triunfo es de todos los que acogen su reino. Sí, también nosotros en él y con Él somos vencedores, es más, dice s. Pablo en la carta a los Romanos “somos más que vencedores gracias a aquel que nos ha amado. En efecto, yo estoy persuadido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni poder alguno, ni altura ni profundidad, ni criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios que eta en Cristo Jesús nuestro Señor“. La vida y la historia son el gran campo de batalla donde el espíritu del mal combate contra Dios, sus ángeles y sus elegidos. En la lucha contra el mal podemos alcanzar la victoria y la libertad sólo con nuestro empeño en el seguimiento del Señor y a través de la ayuda que nos viene de lo alto.

Y el Arcángel Miguel con sus huestes, es el icono puro de la ayuda poderosa que viene a socorrernos y a sostenernos. No estamos solos en el combate: Dios está con nosotros si lo invocamos con confianza y con amor. Esto nos asegura san Miguel a cuyo continuo socorro confiamos nuestro compromiso para vencer la seducción del mal, de todo mal, abriendo nuestro corazón y toda nuestra vida al amor misericordioso de nuestro Dios para elegirlo a Él como hijos del Padre, hermanos y madres del hijo, tiempo muy esposos del Espíritu Santo.

Y para hacernos ayudar también de San Francisco recordemos cómo él “tenía en gran aprecio la fiesta del Arcángel”. En la Regla no bulada pedía que “todos los años, en la fiesta de san Miguel Arcángel, cada uno de los ministros podrá reunirse con sus hermanos, donde mejor le parezca, para tratar de las cosas que se refieren a Dios” (XVII, 1).

Además, repetía a menudo que “se debe honrar en forma más solemne al bienaventurado Miguel, porque tiene la tarea de presentar las almas a Dios”. Para esto, en honor de san Miguel, entre la fiesta de la Asunción y la suya, ayunaba con la máxima devoción durante cuarenta días. Y decía: “Cada uno en honor de tan glorioso príncipe debería ofrecer a Dios un homenaje de alabanza o algún otro don particular”.

Fue precisamente durante una de estas cuaresmas para honrar al Arcángel cuando Francisco recibió los estigmas en el monte Alvernia.

Una fiesta riquísima de significados para todos nosotros que hace más rica todavía la ocasión en este contexto eucarístico, no sólo para renovar nuestra fe e implorar la ayuda y la protección de los Santos Arcángeles para la Iglesia y para el mundo sino aún más, querido fray Michael, nuestro Ministro, para expresarte todo nuestro afecto, nuestra estimación y nuestra obediencia, junto con la gratitud ofreciéndote nuestro augurio y pidiendo con la oración que Tú, como sucesor de S. Francisco, puedas gozar siempre de la ayuda y de la protección e S. Miguel Arcángel, encontrando en él el apoyo en el testimonio del evangelio y en el servicio a la Orden entera y a la Iglesia.

Con las palabras de Francisco queremos orar también nosotros:

“Digno es el Cordero que ha sido inmolado
de recibir la alabanza, la gloria y el honor.
Sea bendita la santa Trinidad y la indivisa Unidad.
San Miguel arcángel defiéndenos en el combate”.

Fr. Antonio Scabio, OFM
Definidor general